

LORD OF THE RED SANDS

Aaron Dembski-Bowden

Angron, Primarch of the World Eaters, slaughters the last of his errant sons on Isstvan III



LA HEREJÍA DE HORUS

SEÑOR DE LAS ARENAS ROJAS

AARON DEMBSKI-BOWDEN

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarca

ANGRON	Primarca de los Devoradores de Mundos

La Legión de los Devoradores de Mundos Leales

KAURAGAR	Hermano de los Devoradores de Mundos Leal

Sólo hay una cosa por la que merece la pena luchar.

Él lo sabe, mientras su padre languidece en la ignorancia de su falsa rectitud, mientras sus hermanos juegan a ser dioses en un universo sin Dios, mientras unos seres inhumanos y débiles que claman ser sus hijos trazan un sendero de cobardes sobre el camino de un guerrero.

Sabe —incluso cuando nadie más escuche o comprenda— que sólo hay una cosa por la que merece la pena luchar.

Corona la barricada con las hachas aullando en sus manos. La ciudad muerta envía a los mejores contra él una y otra vez, y una y otra vez los mejores de la ciudad muerta retroceden convertidos en gimientes trozos de carne y ceramita tajadas. Algunos lucen los colores de sus hermanos —el púrpura regio del engreído Fulgrim, el apagado tono hueso del cadavérico Mortarion—. Cargan, soñando con la gloria, y mueren sin encontrar más que dolor y vergüenza.

Algunos lucen el blanco sucio de sus propios hijos. Mueren igual que todos los demás. Sangran la misma sangre, vociferan los mismos juramentos. Apestan igual cuando abre sus cuerpos en canal y sus órganos quedan desnudos, expuestos al aire helado.

Destellos de visiones lo asaltan en medio de la tormenta de espadas: el nombre grabado sobre una armadura blanca le resulta familiar el tiempo que dura un latido, el ángulo que adopta un hacha le recuerda otro combate anterior, de un tiempo en que un sol ardiente golpeaba inclemente unas arenas rojas.

Mata a todo guerrero que se enfrenta a él, persigue a aquel lo bastante sabio como para retirarse. Al primero lo parte en dos con sus hachas. Al segundo lo caza abalanzándose sobre él a zancadas, de la misma forma que una vez las fieras cazaban hombres y mujeres hambrientos.

¿La gloria?

La gloria es para aquellos demasiados débiles para encontrar la fuerza en sí mismos, parásitos huecos, alimentándose del reconocimiento de hombres todavía más pequeños que ellos mismos. La gloria es para cobardes demasiados asustados para dejar morir sus nombres.

Se alza sobre los cuerpos, marcando con sus pisadas las corazas de los que va apilando. Un monumento a la futilidad se yergue a sus pies: cada muerte sólo significa que debe trepar un poco más alto para encontrar carne fresca. El martilleo del fuego enemigo sigue aporreando brutalmente su espalda y sus hombros. Una molestia, nada más. Apenas una distracción. La batalla la ganó en el instante en el que puso un pie en la ciudad muerta.

Entierra el hacha en el pecho de otro de sus hijos, y nota como ésta se le escurre de entre los dedos empapados en sangre cuando el guerrero se desploma. La cadena con la que la tiene atada a la muñeca se tensa y previene el robo de su arma, y ve lo que están intentando hacer: tres de sus hijos gritan y tiran en un intento por arrebatarle el arma que está enterrada en uno de ellos. Ese ha sido el sacrificio definitivo de ese guerrero: ha entregado su vida por la posibilidad de desarmarlo. La fuerza combinada de los tres tira de su brazo, convirtiendo su respiración entrecortada en un gruñido húmedo.

No tira, no intenta resistir. Se lanza sobre ellos, astillando sus servoarmaduras con los pies, los puños, con sus dientes de metal oscuro. Su astuto sacrificio sólo les concede una muerte por apaleamiento en lugar de bajo los dientes chirriantes del hacha-sierra.

Sus cuerpos se añaden la monumento de cadáveres. Ahora cada movimiento es doloroso. Cada aliento proviene de pulmones desgarrados a través de labios sangrantes.

Aún hay tiempo, aún hay tiempo, aún hay tiempo. Puede ganar esta guerra sin necesidad de las armas de sus hermanos.

¿La conquista?

¿Qué tirano fue el primero en soñar con la conquista y disfrazar su violenta opresión en términos de virtud? ¿Por qué la imposición de la voluntad de un hombre sobre la de otro lo envilece como no lo hace otro pecado? Por doscientos años el Emperador ha demandado que la galaxia se doblegue según sus designios a costa de diez mil culturas que vivían libres sin necesidad de su tiranía. Ahora Horus demanda que las naciones estelares de ese imperio roto dancen a su son. Billones mueren por la conquista, por la supremacía de estas dos vanas criaturas que no son más que orgullo con forma de hombres.

No hay virtud alguna en luchar por la conquista. No hay nada más vacío ni más despreciable que obliterar la libertad en favor de más tierras, más oro, más voces vitoreando el propio nombre en himnos sagrados.

La conquista es un sinsentido como la gloria, pero es más vil en su egoísmo. Ambas sólo pueden ser victorias en la cruzada de un necio.

No, no la gloria, no la conquista.

Sigue el rastro de sangre de su presa. El guerrero permanece encorvado sobre sí mismo, la espalda medio apoyada en la pared, sus muslos envueltos en ceramita decorados por una cascada de entrañas. La sangre marca su cara. La sangre lo marca todo en este mundo, pero la cara del centurión es un reflejo de la batalla en sí misma. La mitad de sus rasgos no existen más allá del hueso desnudo, arrancados por el hacha del primarca. El ojo que le queda al oficial se entrecierra con la concentración preternatural necesaria para permanecer vivo sin gritar cuando tus propios intestinos han sido arrancados de tu cuerpo.

No debería estar vivo. Y aun así ahí está, alzando un bólter.

Angron sonríe ante el hermoso desafío de ese hombre, y aparta el arma con un golpe del lado plano del hacha que aún vibra.

—No —dice, con una amabilidad despiadada.

Este guerrero y sus hermanos han luchado bien, y su padre procura no humillarlos en sus últimos momentos.

Sus otros hijos, aquellos que le son leales, entonan cánticos con su nombre, lanzando alaridos en medio de las ruinas. Ensalzan el nombre que le dieron los esclavistas cuando era el señor de las arenas rojas. Angron. Angron. Angron. No sabe cuál es el nombre que el Emperador pretendía darle. Nunca le importó lo suficiente como para preguntar, y ahora la oportunidad se le ha negado para siempre.

—Señor —dice el centurión moribundo.

Angron se acuclilla frente a su hijo, ignorando la hemorragia nasal que gotea sobre sus labios y el tic tic tic de los clavos del carnicero en su cerebro.

—Estoy aquí, Kauragar.

El Devorador de Mundos exhala un suspiro helado, sin duda uno de los últimos. El ojo que le queda busca la cara del primarca.

—Esa herida en vuestra garganta —las palabras de Kauragar parten de entre burbujas de saliva y sangre—. Esa es mía.

Angron se toca el cuello. Nota los dedos húmedos, y sonríe por primera vez en semanas.

—Has luchado bien —el tono bajo del primarca es como la onda de un movimiento tectónico—. Todos lo habéis hecho.

—No lo suficiente —el centurión muestra los dientes oscurecidos por la sangre en el rictus de una sonrisa amarga—. Decidme, padre, ¿por qué os habéis puesto del lado del Architraidor?

La sonrisa de Angron se desvanece, barrida por la ignorancia de su hijo. Ninguno de ellos lo ha entendido jamás. Siempre han estado plenamente convencidos de que lo habían honrado entregándole una legión, cuando le robaron la vida que había elegido el día que el Imperio se lo llevó del lado de sus auténticos hermanos y hermanas.

—No estoy del lado de Horus —Angron exhala entre dientes la confesión—. Estoy en contra del Emperador. ¿Lo entiendes, Kauragar? Ahora soy libre. Libre. ¿Puedes entender eso? ¿Por qué has malgastado las últimas décadas diciéndome que debería sentirme honrado de vivir como un esclavo, cuando estuve tan cerca de morir libre?

Kauragar mira más allá de su primarca, hacia el cielo iluminado. La sangre se escapa de la boca abierta del guerrero.

—Kauragar. ¿Kauragar?

El centurión exhala un lento y agotado suspiro. Su pecho no vuelve a alzarse.

Angron cierra el ojo de su hijo y se pone en pie. Las cadenas repiquetean contra su armadura cuando recoge las hachas del suelo una vez más.

Angron. Angron. Angron. Su nombre. El nombre de un esclavo.

Camina entre las ruinas, soportando los vítores de sus seguidores empapados de sangre: guerreros preocupados por la gloria y la conquista, que tuvieron la suerte de haber nacido en mejores circunstancias que los alienígenas y los traidores que han ejecutado a lo largo de su existencia. Luchar contra su propia especie es prácticamente la primera lucha justa que han afrontado, y su señor genético aprieta los labios ante ese pensamiento.

Antes de que lo encadenaran a la voluntad del Emperador, Angron y su banda de harapientos guerreros desafiaron ejércitos de soldados bien pertrechados y mejor adiestrados de su mundo natal. Saborearon la libertad bajo cielos límpidos y saquearon las ciudades de sus opresores.

Ahora dirige un ejército engordado por siglos de matanzas fáciles, y lo vitorean de la misma manera que una vez lo vitorearon sus amos cuando masacraba bestias para su entretenimiento.

Esto no es libertad. Lo sabe. Lo sabe bien.
Esto no es libertad, piensa mientras mira a los Devoradores de Mundos que gritan su nombre. Pero la lucha no ha hecho más que comenzar.
Cuando el Emperador muera bajo sus hachas, cuando su último pensamiento sea que su Gran Cruzada no era más que una empresa de una futilidad patética, y cuando su última visión sea la sonrisa de hierro de Angron… entonces el Señor de la Humanidad aprenderá lo que Angron ha sabido desde la primera vez que sostuvo un arma.

La libertad es lo único por lo que merece la pena luchar.

Eso es por lo que los tiranos siempre caen.

FIN DEL RELATO